

3: “Matrimonios en diálogo con Jesús”

Pretendemos:

- Provocar la actitud de escucha en los matrimonios.
- Reconocer que Jesús tiene algo que decirle a cada matrimonio.
- Aceptar que el mensaje de Jesús lleva consigo el sufrimiento, la cruz y la muerte.
- Descubrir que el sufrimiento y el dolor es principio de vida nueva.

El hombre y la mujer; y el matrimonio mismo no guardan todas las respuestas a los interrogantes de la vida humana. Frecuentemente nos salen al camino misterios e interrogantes que no podemos resolver a solas. Y es natural recurrir a otras personas para que nos orienten y nos ayuden a ver en el camino.

Hoy queremos acercarnos a Jesús, el peregrino que viene de lejos, de parte de Dios, para iluminar nuestra vida personal y matrimonial. Dice Jesús: *“Yo soy la luz del mundo, el que camina por mí no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”* (Jn. 8,12). En otro pasaje Jesús mismo se identifica con el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6). En el camino de regreso Emaús, Él se ha puesto a nuestro lado, camina con nosotros; le interesa escucharnos y quiere hablarnos, así como dijo a Simón: *“Simón tengo algo que decirte”* (Lc. 7, 40).

Para que la palabra de Jesús llegue a nosotros y nos transforme, necesitamos escucharlo. En el camino hacia Emaús, el Señor ha hecho posible que los discípulos cuenten lo que sucedió, y le han externado la razón de sus desilusiones. En el taller anterior, comentábamos sobre la necesidad de ver nuestra historia, mirar hacia atrás y contar los sucesos que no comprendemos porque nos encontramos a oscuras. Solo Jesús nos puede escuchar mejor que nadie, y está en la mejor posición para entendernos y para iluminar nuestra vida, nuestras facultades a fin de “entender” e interpretar cuanto nos sucede y lo que vivimos.

Preguntas:

1.- *¿Qué dificultades encuentran para escuchar a su cónyuge y a sus hijos?*

2.- *¿Qué nos impide escuchar hoy la Palabra de Jesús?*

La Palabra de Jesús posee una potencia enorme y es capaz de transformar nuestra vida, de darle un giro nuevo; nos hace pasar el tercer día; hace arder el corazón y recuperar la alegría. Escuchemos a Jesús que habla a los dos de Emaús. Notemos que su mensaje es muy breve, sólo tres versículos.

Lectura: Lc. 24, 25-27.

“Entonces Jesús les dijo: -¡Qué torpes son para comprender, y qué duros son para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías sufriera todo esto para

entrar en su gloria? Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que decían de Él las Escrituras”.

Jesús reprocha, llama la atención y hace un anuncio. Da una sacudida casi violenta. Los “regaña” por su falta de capacidad para comprender y por lo duro que tienen el corazón para creer y aceptar las Escrituras. Les anuncia la forma concreta para entrar en la gloria: es pasando por el túnel oscuro del sufrimiento que se llega al gozo pleno.

Dos palabras duras para muchos de nosotros que rehuimos el esfuerzo, que pasamos de largo ante el sacrificio, que nos aterra el dolor y cualquier sufrimiento. Algunos damos la impresión de querer alcanzar la felicidad mediante formas cómodas, fáciles y muy rápidas; no sabemos esperar, ser pacientes. Hoy todo lo queremos rápida y cómodamente, en cuanto lo pedimos: comidas a domicilio, electrodomésticos muy sofisticados para mayor confort, pago de servicios por vía electrónica; resultados en cuestión de segundos, como si se tratara de un producto “cocinado en microondas”. Y peor todavía cuando queremos aplicar estos “estándares” a una relación interpersonal. Hablar de sacrificio, de paciencia, de ayuno, de esfuerzo y privaciones, contrasta con algunos esquemas cómodos de vida actual. Jesús es muy preciso: sólo a través del sufrimiento se entra a la gloria. No se trata de “provocar” dichos sufrimientos, pues estaríamos ante propuestas de tipo enfermizo. Es asimilar las simples consecuencias de ser criaturas, seres humanos, limitados y desordenados.

En el libro de Isaías, se habla de “tener éxito”, (cfr. 52, 13ss) pero el éxito de Jesús, nada tiene que ver con los triunfos de pasarela, reflectores, luces y aplausos que fomentan la vanidad y dan culto al ego. Aquí se habla de no tener ya ni siquiera atractivo, ni figura humana, de parecer un gusano, de estar triturado, de ser como “alguien de quien se aparta la mirada”. El éxito de Jesús debió publicarse como un completo fracaso en la sección de sociales del periódico sabatino en Jerusalén.

Las palabras que utiliza Jesús para dirigir su reproche a los discípulos son: torpes y duros. Algunas traducciones dicen “necios y duros de corazón”. El sentido va en la línea del endurecimiento de la mente y del corazón; gente sin razón y sin sentimientos; con lentitud para pensar y para sentir.

La necesidad afecta fundamentalmente a la inteligencia; es un desconocimiento culpable, una carencia de sentido en las cosas de Dios. Al corazón, lo marca la pesadez, la tardanza en reaccionar, la lentitud. Podría decirse que se trata de un corazón estúpido y frío; con un frío semejante al de la muerte.

Nos encontramos con dos que van de regreso. Tristes, desilusionados y, además, cerrados de cabeza y corazón para comprender el proyecto de Dios. Ya lo había dicho Jesús a los fariseos: *“Moisés permitió separarse de sus mujeres por la incapacidad de ustedes para entender los planes de Dios”* (Mt. 19, 8). Hay traducciones que lo expresan diciendo: *“Por la dureza del corazón de ustedes”*. Jesús lo señala varias veces, refiriéndose a los escribas y fariseos: son testarudos. Es la actitud del que no comprende

y no quiere comprender, está cerrado, es impenetrable. No quiere saber nada de nada. Cabeza y corazón han de ser formados, educados; de lo contrario es muy alto el riesgo de huir hacia Emaús.

Jesús urge a los discípulos para que abran su mente y el corazón. *“La inteligencia abre la puerta de la fe, pero sólo la cruza el corazón”* (Martín Descalzo, 2001). En la vida matrimonial, los esposos necesitan aprender a armonizar estas dos dimensiones y facultades. Cabeza y corazón, razón y fe. Algunos dicen que el hombre es más cabeza y la mujer es más corazón. Entran aquí las diferencias entre lo masculino y lo femenino. Ser diferentes no es lo mismo que cerrarse. Cuando se pierde esta capacidad de razonar y de sentir o cuando se desajusta una de las dos, el matrimonio se desmorona poco a poco, son incapaces de armonizar su relación matrimonial. Algo de lo que podemos estar seguros es de esto: *mientras la cabeza está caliente, el corazón se enfría. Solo hasta que el corazón se calienta, la inteligencia estará en condiciones de interpretar y dialogar reposadamente.*

Sin embargo, su incapacidad para conocer y actitud cerrada, van más lejos del simple no entendimiento matrimonial. Lesiona la capacidad para conocer el plan de Dios y para dejarse aleccionar por su Palabra. Pareciera que Jesús dice a los discípulos y, en nuestro caso, a los esposos, que su incapacidad radica en buscar respuestas sólo desde lo humano y desde lo que el mundo ofrece, no desde el proyecto de Dios. Jesús mismo lo comenta en referencia a la pregunta de los fariseos sobre el divorcio: *“Pero al principio no fue así, por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer y son los dos una sola cosa”*. ¿Cómo comprender el proyecto original de Dios sobre el hombre y sobre el matrimonio? Será Jesús quien obsequia la clave para “entender”.

Jesús muestra a los discípulos el camino para entender lo que ha pasado y lo hace interrogándolos: *¿No era necesario que el Mesías padeciera todo esto para entrar en su gloria?* Jesús habla de la “necesidad” del sufrimiento como principio de vida, habla del proyecto eterno de Dios. Entonces podemos decir que el sufrimiento no es un incidente en la vida sino un ingrediente elemental.

Son las paradojas. Nosotros nos encendemos y nos apagamos, pero también nos apagamos y nos encendemos. Así lo recordó San Francisco de Asís: *“Muriendo es que volvemos a nacer”*. La vida es la clave para entender la muerte, no al revés. El paso para la resurrección es la Cruz. *“Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto”* (Jn 12, 24). Aquí está el centro de lo que Jesús nos dice. Entramos al misterio de su muerte y resurrección. Todo esto era necesario. *“En Cristo y en el cristiano. El cristiano, como fiel imitador de Cristo, debe ajustar enteramente su vida a los planes de Dios. En ello está la verdadera libertad y la verdadera plenitud”* (Domínguez: 2004). No podemos separar muerte y vida, sufrimiento y gloria; están relacionados, son correlativos. El Misterio Pascual de Cristo es la clave que da luz y acceso para interpretar todo lo que sucede en nuestra vida.

Nos hace falta revalorar el sacrificio, las privaciones voluntarias, el autodomínio, como expresión de un don del Espíritu Santo (Gal 5, 19-22), no tanto como resultado de mi autocontrol y “dominio” personal. La *ascesis* viene a favorecernos mostrándonos formas para estar unidos a Cristo en su Pasión, no solo en su triunfo. Algunos cristianos por eso han quitado la Cruz de sus casas y de sus lugares de reunión.

La unción pre-bautismal en el pecho, nos debe hacer pensar en la condición de “atletas de Cristo” ungidos con su fuerza para desempeñar bien nuestra competencia. San Pablo (I Cor 9, 24ss) nos dice que todo atleta se impone moderación en sus cosas y que lo hacen por una corona que se marchita; nosotros, en cambio, lo hacemos por una corona que no se ha de marchitar jamás. Esa palabra es importante: *moderación* en el uso de las cosas. Privarse de algo a lo que se tiene derecho para estar más disponible. Esforzarse, correr sin agotarse. Se trata, pues, de tener condición interior, no solo buscar la buena condición física, el músculo: no depender del veredicto de una báscula. Y enseñar eso a los niños.

La vida de los esposos-discípulos pide la donación total. No es un sufrimiento sin sentido, sádico, masoquista. Es un sufrimiento redentor; Cristo asume este sufrimiento y se entrega plenamente. *“De este modo Cristo se hace para los hombres, respecto del sufrimiento, maestro y modelo. No el dolor por el dolor. La cruz de cada día –por lo demás inevitable- ha de estar llena de sentido superior, de contenido de amor. A la luz de Cristo encuentra pleno sentido el dolor”*. Aquí está el camino para vivir el tercer día y poder entrar en la gloria. Gloria entendida como vida nueva, como renovación del amor, como resurrección.

El mundo de hoy envía mensajes para evitar todo sufrimiento y cualquier dolor. Esto es bueno y, hablando de la ciencia médica, vemos con asombro y buenos ojos que se han encontrado formas para mitigar el dolor y se siguen buscando nuevas maneras para evitar sufrimientos innecesarios, como en el caso de ciertos enfermos. Por otro lado, constatamos que se hace mucha publicidad a una cultura fácil, ligera, desechable, comodona. Hablar de esfuerzo, de sufrimiento y de dolor, y aún más, de muerte, de entrega heroica, no será aceptable. Ocurrió algo semejante en Atenas, cuando Pablo pronuncia su discurso en el Areópago, *“Al oír aquello de “resurrección de entre los muertos”, unos se burlaron y otros dijeron: -Sobre este asunto te oiremos otro día”* (Hech 17, 32). Ese día sólo creyeron unos cuantos, entre ellos Dionisio el Areopagita y una mujer llamada Dámaris y algunos otros”.

No aceptar la muerte como paso a la vida, es, en definitiva, querer ver la vida sólo desde lo humano; así se dificulta la fe. Dionisio y Dámaris confiaron en la vida que ofrece el resucitado. *“Allí estaban, en el Areópago, pero no secundaron las burlas ni se quedaron indiferentes, sino que abrazaron la fe en Cristo resucitado. Dionisio y Dámaris, un hombre y una mujer, testigos de la fe en la resurrección de Cristo en un ambiente de indiferencia y de odio”*.

Muchas personas y matrimonios no pasan al tercer día, viven en un sufrimiento eterno, muchas, sin sentido; atormentados y amargando la vida de los que están a su alrededor. Necesitamos aprender a sufrir. Cristo en el huerto de los Olivos nos muestra el límite del dolor, del sufrimiento y de la misma angustia, al grado de decir: *“Padre, si quieres aleja de mí este cáliz de amargura; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”* (Lc 22,42). No es morir para acabar con todo, ahí nace la esperanza.

No faltan personas y matrimonios que a partir de un hecho doloroso se han quedado trabadas en un eterno sufrimiento, sin sentido y sin esperanza de vida; entran en un círculo vicioso que los atormenta; el dolor les impide vislumbrar otra forma de vida. Es posible que al no querer sufrir más les cruce por mente la posibilidad de no querer vivir más. Hace falta contemplar de rodillas al Crucificado, Él tiene mucho que decirnos.

Finalmente una palabra sobre la explicación de Jesús a partir de los profetas. Es una explicación cálida, llena de confianza y amor. Jesús, aunque les ha reprochado su necesidad y cerrazón, les explica pacientemente. Sus palabras van llenando de ardor su corazón, antes cerrado y duro. Las palabras de Jesús van penetrando hasta lo más íntimo. Los discípulos escuchan con agrado y con gusto. Paulatinamente van recuperando la confianza en Jesús y, al mismo tiempo, se ponen se llenan de gozo; se vuelven hospitalarios, se hacen capaces de diálogo y relación. Terminan expresando el deseo de que su acompañante no se vaya: *“Quédate con nosotros”*.

Comienzan a recuperar la alegría de creer y de abrirse a la nueva interpretación. Han entendido el sentido y el valor del sufrimiento que padeció Jesús y empiezan a comprender el sentido del dolor de ellos. Han comprendido el lenguaje de la Cruz. Era necesario que padeciera y que muriera en la Cruz. *“Conviene no perder de vista esta realidad: Cristo Maestro, nosotros discípulos. No debemos despojarnos nunca de esa necesaria mentalidad de discípulos, porque en el camino de la vida, incluso en el camino de Emaús, Cristo puede emparejar sus pasos con los nuestros. Y hay que ser muy receptivos respecto de sus enseñanzas”* (Domínguez: 2004). Les explicó que toda la Escritura estaba referida a Él.

Cómo necesitamos escuchar la Palabra de Dios para “entender” el sentido de lo que vivimos, no desde lo que nos gusta o queremos oír, sino desde Cristo mismo que se entrega por nosotros, desde el Cristo resucitado. La belleza de esa Palabra la encontramos en la Comunidad, en la Iglesia. *“Testigos del evangelio para predicar la verdad acerca de Cristo. Y hacerlo como lo hizo Cristo, es decir, encendiendo el alma de Cleofás y su compañero con astillas de Cruz y fuego de resurrección, hasta transformarlos en hogueras de amor”*.

Preguntas.

- 1.- *¿Por qué nos cuesta trabajo aceptar el sufrimiento en la vida personal y matrimonial?*
- 2.- *¿Cómo integrar a la vida los sufrimientos y dolores que llegan al matrimonio?*

3.- *¿Qué podemos hacer para que las situaciones difíciles y dolorosas sean oportunidad de vida nueva, de renovación matrimonial?*

4.- *¿Cómo hacer para acudir a Jesús y pedir su interpretación cuando estamos sufriendo?*